



APENDICE

Situación del cantón de Tipitapa. Fin del año de 1854.

El cantón de Tipitapa, tan adverso a la democracia, como útil a la legitimidad estaba al disolverse. El cambio de comandantes, la falta de sueldo, la insalubridad del lugar, y más que todo, la desmembración de la mejor tropa que llevó la expedición a Segovia, eran causas bastantes para la decadencia rápida que se notaba.

El comandante, entonces Capitán don J. de Jesùs Montiel, nada experto pero interesado y activo, me habló en cierto día de la necesidad de ir a Granada a exponer a los jefes la mala situación del campamento enunciado.

Preferí los riesgos del viaje por agua a los de tierra, tomando un pequeño bote con dos remeros nada acostumbrados. Llegué a la plaza la víspera del día en que los democráticos cañonearon y derribaron la antigua torre de La Merced, que atrás dijimos, fue celebrado como un triunfo, y los jefes sin dificultad, proveyeron las necesidades que fueron indicadas. Además, pusieron a mi disposición un oficial experto para que sirviese en Tipitapa, y así, el cantón se puso en un pie de fuerza, como no había estado antes.

En Granada era general la esperanza de que el cantón de Jalteva se levantaría muy pronto, y que pasado el funesto año de 54, el venidero sería menos aciago.

Se había afirmado la creencia de que Nicaragua había padecido y padecería una revolución decenaria, como el cuerpo humano adolece fiebres periódicas difíciles de desarraigar. Se recordaban los alborotos del año 14; la guerra de 24 en que el

Coronel don Crisanto Sacasa asedió a León durante seis meses hasta su muerte en la demanda, sin alcanzar su objeto; la ocupación y ejecuciones por Zepeda en Granada el año 1834; la invasión de Malespín a León en 1844, y por último, la de 1854 que nos hemos propuesto bosquejar.

El día 31 de diciembre (1854) una tempestad arrojó nuestras pequeñas embarcaciones a las costa, en puntos en que podían expedicionar los democráticos de Jalteva, por cuyo temor vigilaban más sin descanso. No cuento este episodio porque atañe a mi persona, sino para pintar las creencias o preocupaciones de aquella época tan aciaga. Escribí un papel en la noche del día precitado: se le envió al Lcdo. don José María Estrada, mi maestro, que era entonces Diputado Presidente de la República, quien gustoso de ver una producción de un discípulo, lo mandó a la prensa, y es el siguiente:

UN ADIÓS AL AÑO DE 1854

“Las doce de la noche del 31 de diciembre acaban de sonar. El último campanazo del reloj aun ha dejado una vibración que es sin duda el postrer gemido del año 54, que acaba de expirar. De ahora en adelante el año 55 se ha posesionado del mundo para correr a su turno igual suerte que el 54, yéndose lentamente a replegar al conjunto de los pasados tiempos. Pero, por más atento que he estado la máquina del mundo, no he podido advertir si media algún instante entre la ida de un año y la venida de otro: un suspiro, un movimiento de ojos, un pensamiento aun no pueden tener cabida en el fin del uno y principio del otro. Sólo si, poco antes que el reloj señalase las doce, llegué a percibir que el disco argentado del astro de la noche, estaba cubierto de una sombra negra, a cuyo través era melancólica la faz luciente de la luna; pero que esta sombra se iba resbalando del oriente al occidente con un movimiento tan concertado, que al final de las doce, la sombra negra bajaba al borde occidental de la luna, y comenzaba a confundirse con el azul de los cielos.

El espacio está limpio; aire no hay ni como el suspiro de la tórtola. ¿De dónde pues ha venido esta mancha, y quién la mueve al frente de la Luna? ¿Será que ésta padece o que la naturaleza se conmueve por la muerte del año 54? ¿Será en fin una ilusión, será una realidad?

El poeta estará por el luto del mundo; el filósofo verá una cosa natural, y la generalidad no percibirá cosa alguna. Mas nosotros los nicaraguenses, los desgraciados hijos del jardín de la América, veremos un fenómeno que no está al alcance de nuestra capacidad, pero que es tan positivo, como que lo conocemos por la más cruda experiencia. Sí, ese fenómeno, esa mancha, esa sombra negra es la misma que apareció en nuestro horizonte el año 14; que enturbió nuestro suelo todo el año 24;

que el 34 volvió a enturbiarlo, y el 44 lo enrojeció también; y en fin, que el 54, que acaba de pasar, no lo enturbió, sino que le tendió un paño tan denso, que ha hecho ver lánguido el rostro del Sol. ¿Quién pues, comprenderá ese eclipse espantoso que cada diez años padece el astro de nuestra venturanza, eclipse infalible que solo cubre el suelo de nuestra patria? ¡Ay, cara patria mía! El año de tu dolor ya pasó, pues que la nube fatídica la he visto desaparecer al compás de ese año que deja empapados en sangre tus hermosísimos campos; ahora ya la luna brilla con una luz pura, y mañana, 1° de Enero de 55, el Sol saldrá vivificante y nada siniestro para ti. Pero, ¡ay patria!, si el año de 64 aun no eres esclava, ¡quién sabe de tu suerte! Los hijos que entonces tengas, temblarán cuando vean los primeros albores de ese año fatal.

Sin embargo, la Providencia debe condolerse de este infeliz país, y no es extraño que el 54 sea el último período de esa fiebre que tan amargamente ha padecido. Cuando a principios del año anterior los campos estaban cubiertos de espigas, las poblaciones en movimientos progresivos, los lagos surcados de infinitas naves, y el ciudadano satisfecho de lo suyo y de su bienestar, yo creía que Nicaragua había dejado de padecer sus convulsiones decenarias y sus tremendos desmayos; mas de repente, en la época más hermosa del año, cuando la alma primavera había descendido a la tierra y Nicaragua estaba colmado de sus brillantes flores, el genio del mal salió de sus cavernas, brotó la tempestad, y los campos se tiñeron de sangre, y las poblaciones quedaron yermas, y los lagos sin comercio, y el ciudadano huyó despavorido, y las flores cayeron marchitas de sus marchitados tallos. Tú dirás esto mejor que la mejor de las plumas, bella e ilustre ciudad de Granada, en quien se ha ensañado todo el furor de la revolución, y sobre quien han pesado todas las desgracias del año 54. Eras tú tan blanca como la espuma de las olas que se estrellan en tus playas; tan rica y estruendosa como el gran lago que te baña; y ahora tus calles se hallan tintas con la sangre de tus hijos, tus suntuosos edificios devorados por el fuego, y unas tras otras amontonadas tus ruinas. Pero, ¡ah! ruinas son estas donde no graznará mucho tiempo el búho, y las fieras no harán mansión: Granada no es Tiro ni Babilonia para no poder levantarse de su postración. Sí, consuélate bella ciudad: te abrasó el Sol de 54, pero el de 55 comenzará a animar las imponentes ruinas.

Cuán tristes serán tus recuerdos y cuán amarga tu memoria, año 54, imposible es decirlo por ahora. Mejor fuera que no hubiera recuerdos tuyos y que fueras una página arrancada con disimulo al libro de la historia; pero es imposible. Los nicaragüenses adoran la libertad, y tú has mancillado tu misma cuna, pues la libertad, al venir entre nosotros, escogió para nacer las costas granadinas. Allí se crió y anduvo y balbuceó en las calles y gritó en las plazas. Entonces fue

cuando se escandalizó el mundo y vino sobre Granada a ahogar en su infancia a la Diosa recién nacida; entonces fue cuando los hombres que la adoraban salieron cautivos y fueron dispersos por todas partes; mas la libertad quedó oculta en los templos y en las casa granadinas hasta que más tarde salió a enseñarse a todo Centro América. Ese es tu crimen, año de 54; y por eso los amantes de la libertad te recordarán siempre con amargura, y por eso las techumbres que has abatido las alzará la libertad con sus sacras manos en monumento de sus glorias.

Adiós, año 54: con todas tus desgracias, tu desolación y tu exterminio, anda a ocupar tristemente el lugar que te cabe en el seno de la eternidad: Adiós. Yo te confieso que sin pesadumbre alguna me despido de ti, y antes bien ansiaba tu salida por lo fatal que has sido a la ventura de mi país; ventura que, si bien no puedo prometerme de tu sucesor, al menos nos vendrá éste a enjugar tantos ojos que lloran y a aquietar tantos corazones que palpitan; o cuando no, no hará verter tantas lágrimas como hasta ahora se han vertido. Salud, año 55, salud: ya los primeros albores del primero de tus días anuncian el astro de la luz... Ya éste ha comenzado a alzarse con regia pompa por entre cándidas y azuladas nubes: las seis de la mañana acaban de sonar, y yo, complacido, dirijo al Sol de 55 la siguiente:

FELICITACIÓN

El astro que fecunda la natura
Brilla por fin en plácido horizonte;
Y al soto, al valle, al empinado monte,
Espléndido baña en lumbre pura.

Es el Sol brillante y despejado
Un año nuevo empieza su carrera;
Año en que el mundo su bonanza espera
Para olvidar los males del pasado.

Sube pues, oh magnífica lumbrera,
Por ese inmenso y dilatado espacio,
Reflejando tus rayos de topacio
En el brillante azul de nuestra esfera.

Sube, y en el límpido y claro firmamento
No haya una nube que tu faz empañe,
Tu luz dorada el hemisferio bañe
Vida anunciando, paz y movimiento.

Entre nubes ayer al Occidente
Tu disco sumergiste en lo profundo;
Mas hoy ya tornas cual Señor del mundo
A ostentarte de nuevo en el oriente.

Y era que ayer tarde os despedías
De un año de infortunio y desventuras,
Y hoy un año nuevo nos auguras
En bonanza fecundo y alegrías.

Jerónimo Pérez.
Granada, enero 19 de 1955

FIN DE LA PRIMERA PARTE



CARTA

Señor don J. D. Gámez G.

Amigo:

En una misiva, cuya fecha no recuerdo, dije a Ud. mi agradecimiento por el envío de la Corona Fúnebre del General Jerez publicada en Tegucigalpa, en que figuran principalmente los *Apuntamientos para la Biografía* escritos por Ud. Sin verlos aplaudí su trabajo, pensando que de cualquier modo es útil a la juventud; y ahora, aun no estando de acuerdo con Ud. en varios hechos y apreciaciones, le ratifico mi aplauso, y le invito a que prosiga en su noble propósito de escribir. Yo gusto de la discusión, porque de ella sale la verdad, y sólo exceptúo las que hieren a la religión o a la moralidad, y poco me importa que por esto me apelliden retrógrado o como plazca a los libres.

Amante de la verdad para transmitirla a la juventud, procuraba registrar todos los depósitos apartando mis opiniones conservadoras. Para aprovechar la más rica fuente, la de Jerez, llevé mis manuscritos cuando viajé con él y tuve la resolución de enseñárselos y él la paciencia de verlos.

Yo había escrito que don José Guerrero mandó fusilar al apreciable joven don Pedro Rivas, y aunque Jerez estaba disgustado con Guerrero:- “No, señor”, me dijo, “yo fui el que mandé juzgarle en junta de oficiales, y luego a ejecutarle”.

No es mi ánimo entrar en el examen de su interesante obra, porque mi estado valetudinario no me lo permite. Me concretaré a muy pocos y ligeros puntos.

Primer punto. Me califica Ud. de amigo, correligionario y entusiasta del Presidente don Fruto Chamorro.

No fui amigo, porque él hizo su gran papel cuando yo no había hecho ninguno; ni siquiera hablamos, salvo pocas veces que me trató con el buen modo de la educación. Mi carácter no me ha permitido ser *entusiasta* de ningún hombre, incluso el General Martínez, mi grande amigo antes de ser mi cuñado. Estuve en desacuerdo con él en varios lances, de manera que lo que haya dicho en loor de estos hombres, no ha sido influenciado por el afecto. Fui legitimista, no por personalidad, sino porque la revolución me pareció inicua, cuando oí decir al mismo Jerez en presencia de Martínez, Chamorro (Fernando), Vega, Cárdenas y otros, que estaba arrepentido de haber hecho aquella revolución, porque don Fruto era un verdadero nacionalista, cosa que le explicó después al Lcdo. Zelaya. ¿Qué le parece, señor Gámez?... ¡La desastrosa revolución de 54 hecha por una equivocación!... Y sepa Ud. que Zelaya vino al principio de la guerra, y si él desengañó a Jerez, era natural que la guerra se hubiera arreglado. Pero nada de eso: a Chamorro se le atacaba como tirano, conculcador de las leyes y de las garantías; y ni en el programa de la revolución ni en escrito alguno, se le tildó de ser un óbice a la nacionalidad.

Si no basta mi palabra de que no me impulsó afección alguna al escribir mis Memorias, daré una prueba incontestable. Don Pedro J. Chamorro fue el primero que leyó la Primera Parte, y al salir un día de la Cámara del Senado, me dijo: que pensaba contestar porque yo había deprimido a su hermano Fruto. Yo le contesté: “Nada más satisfactorio para mí que un caballero como usted escriba”.

Don Dionisio dijo que yo, para sacar grande a Martínez, había tendido sombras sobre los protagonistas de aquella lucha. Que escribí unas palabras del discurso inaugural de don Fruto, y omití otras: que, en fin, había conocido que yo no soy conservador del *mismo género que él*.

Estaba moribundo entonces y por eso no le hice observar que estampé integro el discurso, y no le pedí explicación de las diferencias que hay entre los dos como conservadores, para que no concordemos en género. Pero no se crea que yo haya tenido o tenga algún interés en la concordancia. He vivido y vivo satisfecho en la convicción de que soy hombre de bien: que pertenecí al partido conservador, procurando el orden en la libertad, sin cambiar nunca de bandera, pues en ninguna época se me oiría llamarme liberal. Algo extrañé esta expresión de don Dionisio, quien publicada la Primera Parte de mis Memorias, me manifestó tal interés por la publicación de la Segunda, que me ofreció 100 pesos de obsequio, que yo rehusé agradecido.

Segundo punto. En la página 32 dice Ud. que sólo veo en Jerez un ambicioso vulgar, y que no le concedo un pensamiento elevado.

Mal aplicado me parece el adjetivo *vulgar*. Yo reconocí en él talento e ilustración de primer orden; lo dije a despecho de muchos, humeantes todavía las ruinas de Jalteva. Dije mucho en su contra y en su favor según el caso, sin consultar pasión alguna, pues mis escritos fueron consultados con él. En Washington yo escribí y él redactó sin pararse, un despacho al Gobierno que fue admirado por varios miembros del Cuerpo Diplomático, y al concluir, le dije:- “¡Qué desgracia la de mi país!: Ud., nacido con dotes para hacerle bien, es el más funesto a Nicaragua”.- “Ud. ignora los caprichos políticos”, me contestó con sonrisa. Jamás dejó de tratarme como amigo, y de viaje a los Estados Unidos me hizo la última visita. Más todavía. Emigrado en Costa Rica después de la derrota de 63, en que me atribuía participio, recibió manuscrita la Chirimilla de Zamora contra mis Memorias, y prohibió que se publicase, y que antes bien debía envalentonarse mi propósito de escribir. El manuscrito vino a un conservador que lo dio a otro y así la obra vio la luz. Argüello Arce, cuando la vio, dijo la verdad de que contra Martínez y contra mí nada tenía; que todo era contra el partido conservador.

En cuanto a que ambicionaba destinos, le diré que le vi luchar para que se dieran a él y a toda su familia; por cuya razón conté su enojo cuando no se le dio el Ministerio de Relaciones que solicitaba. No hablo de un muerto: lo que hoy refiero en defensa de mis Memorias, lo dije a él mismo de palabras y por escrito. Jerez, en su juventud, monopolizó los puestos de la Universidad de León; se despechó después de la Junta de Gobierno, porque no fue llamado a la Cartera de Guerra; se contentó con la misión a los Estados Unidos. Allá trabajó para conseguir facultades de la Santa Sede a favor de su hermano.

Por el año de 61 se ausentó de León don Apolonio Marín, siendo Alcalde don Julio, padre del General, y Martínez nombró Prefecto interino al señor Robelo, y como otras veces la Prefectura había recaído en el Alcalde, Jerez pasó una carta pidiendo explicaciones de aquella diferencia. ¿Será necesario más? En el último período de su vida, le vería Ud. entregado al partido conservador sabiendo o debiendo saber que este bando no ha sido ni puede ser nacionalista. Para justificar esta deserción dijo aquí en marcha para el exterior, que la revolución de 54 fue muy fecunda, porque antes los tiranos estaban en Granada y los liberales en León, y después los tiranos en León y los republicanos en Granada. ¡Que un Jerez haya dicho tal cosa!

Me admira el aserto de Ud. de que yo no le atribuyo un solo pensamiento elevado, cuando Ud. ve y cita muchos pasajes que le hago en su honor. Yo le doy participio en el convenio de 12 de

septiembre, salvador de Centro América; le aplaudo su venida a la campaña a despecho de sus amigos:- “Quiero lavar la mancha del filibusterismo con mi sangre” decía. La Junta de Gobierno, piedra angular del actual edificio, la pensó y propuso contra el voto de los amigos que querían la guerra”.- “¿Y cómo?” les respondía. “Mientras que Uds. no concurrieron a la campaña dejándome solo, Martínez lanzó a los suyos al combate, y allí formó jefes, oficiales y soldados capaces al heroísmo”.

Usted sí, amigo Gámez, es amigo y entusiasta de Jerez, pero con entusiasmo de fanatismo político, mas ciego que el religioso. A los entusiastas sucede lo que a los que viajan en vapor o ferrocarril, que ven marchar con dirección contraria a los que en el mismo rumbo van en otra clase de vehículo. Y ¡cosa admirable!, he visto que los mayores amigos de Jerez le deprimen más que los enemigos.

Antes de citarle pocos casos, permítame decirle que no tengo deseo alguno que se deprima el nombre de Jerez; que sentiría gusto que mi país tuviera hombres de grande importancia, porque no abrigo envidia. Que si a Jerez se quiere levantar estatuas, que se gaste el mármol de Carrara; y si se quiere elevar al apoteosis, suscribo el decreto sabido de los macedonios: Alejandro quiere ser Dios, *séalo norabuena*. Pero si desmienten mis pequeñas obras, no soy indiferente, porque las ofrecí a la juventud como un depósito de verdad, como el trabajo de un imparcial, sin afección a círculos o personas.

El contrato Byron Cole lo atribuye Ud. sólo a Castellón. Jerez lo supo estando aún en Jalteva, y aquí Jerez inició otro con Fabens mucho antes del de Cole. Es cierta la terquedad legitimista, pero no vindica la introducción del filibusterismo hecha por despecho de no poder triunfar sobre Granada. Es célebre que Jerez, en pleno Congreso dijera:- “*Quiero lavar con mi sangre la mancha del filibusterismo*”, y los amigos quieran vindicarlo culpando a los conservadores. No dude Ud., señor Gámez: los contratos para expediciones extranjeras precedieron a la venida del Padre Alcaine y a la terquedad legitimista después del campamento de Jalteva. Jerez y yo altercábamos amistosamente, y yo le cité el hecho de que los conservadores perseguidos, cuando Walker los llamó a darles la situación para vengarse, no quisieron ir, y fue don Ramón Alegría a León a proponer una alianza contra los yanquis, que no aceptaron; y los democráticos volvieron mejor a arreglarse con aquéllos. Jerez me dijo:- “Esta página es muy honrosa para Uds.; pero Ud. ignora hasta dónde llega un capricho político: Ud. vio mi arrepentimiento por la introducción del filibusterismo, pues le aseguro que en caso igual volvería a introducirlos.”

Vino Cabañas, y no obteniendo auxilio para recuperar su mando perdido en Honduras, hizo ver a Jerez el riego de la independencia; éste se retiró del Ministerio fundándose en el desaire a Cabañas. ¿Quién no conocía en esa época que el país

estaba en el borde su ruina? Sólo Jerez no lo conocía, y según Ud., creía que iba derecho a la Nacionalidad Centroamericana. Fue preciso que un Cabañas viniera para que Jerez conociera el abismo, y de aquí se desprende esta alternativa: si conocía el peligro, estaba cometiendo un crimen de *lesa nación*; si no lo conocía, era un insensato.

Entonces Walker quiso aliarse con los legitimistas y viéndose rechazado, hizo llamar a Jerez de nuevo al Gabinete, y éste vino a ocupar el asiento. Allí habría permanecido si el mismo Walker no intima al Gobierno Provisorio su resolución de ejercerlo personalmente.

Jerez y otros me contaron su ánimo de asesinar a Walker en una reunión nocturna; hecho que no se verificó porque muchos vacilaron llegado el lance. Ud. dice que me *equivoque* al contar que *vacilaron*, porque los comprometidos estaban resueltos, y si no consumaron el proyecto fue porque Guerrero los disuadió del intento. Si no me equivoco, Ud. cuenta lo mismo, sólo que atribuye a Guerrero el origen de cambio del pensamiento. Se aviene mucho con el carácter de Jerez este cambio por la influencia de aquél, y aunque no le mencionó en el relato que me hizo, no lo extraño. Pero no se aviene el cuento de que Jerez enseñara el mango del puñal que llevaba: él disponía, pero no podía ejecutar.

Se aviene, dije, el cambio por la observación de un amigo, porque Jerez obedecía, no sólo a Guerrero sino a sus amigos, especialmente Cabañas, Zelaya, Zamora, y por eso se le vio siempre tejiendo y destejiendo sus grandes telas. Cuando vino de Costa Rica, le creyeron intransigible con Martínez, por quien estuvo emigrado, y con una entrevista y algunas influencias, se arregló con él, y se lanzó contra Guzmán, su bienhechor, que acababa de abrirla las puertas de la patria.¹

En seguida, cuando los triunfos presagiaban la victoria, unos amigos escribieron, y otros le hicieron ver que aquella revolución (la de 69) sería a favor de Martínez a quien únicamente victoreaba el ejército. El señor Jerez comenzó a deshacer su obra, y la revolución sucumbió. Para que otra vez no me haga el disfavor de que escribí *por entusiasmo, afección o desafección personal*, le recordaré el hecho notorio de que siendo cuñado de Martínez y enemigo de la Administración Guzmán, yo deseaba el triunfo de ésta, reprobando la revolución en medio de sus victorias que preludiaban el nuevo mando de Martínez.

¹ Walker, gran observador de hombres, tenía la misma opinión sobre el carácter versátil de Jerez: "...no era difícil -dice- llevarle por un camino errado poniendo en juego sus emociones". Corrobora esta opinión lo que relata Pérez en *Mis Recuerdos*, párrafo XXV.

He aquí el cambio de Jerez en esta facción. Muchos dijeron que tuvo en mira perder a Martínez en venganza, y él mismo lo dijo cuando oyó el voto general. Yo no creo que tuvo ese objeto; pero sí o no, vaya una iniquidad. ¡Una revolución por equivocación! ¡Una revolución para vengarse de un hombre!

Volviendo a la narración del asesinato, advierta Ud. que los conjurados no pensaban asesinar al hombre que había arrasado y pensaba esclavizar a Nicaragua, sino al que se rebelaba, arrancando de sus manos el Gobierno; de manera que si al Presidente y Ministros no les llevan el aviso de que iban a prenderlos, no rompen jamás con los filibusteros. Así lo escribió el Presidente desde las huertas en que estaba oculto con su Ministro Jerez.

Y otra cosa, señor: si los Estados Unidos no reconocen al Gobierno Provisorio, y si Martínez y Guzmán no firman el convenio salvador, de septiembre, no hay unión, no hay guerra, no hay libertad.

Esto hizo Martínez por salvar a su patria, y así le llama Ud. el hombre de *pequeños pensamientos*, a quien no valía la pena de reelegirlo, según Jerez, pasando sobre la ley, en cuyo concepto se atribuye a Jerez una falsía porque él inició la reelección, él la propuso y sostuvo en el Congreso como un paso legal.

Sí, señor Gámez, mientras Jerez, el grande, deja que se hunda el país antes que reconocer el Gobierno Legítimo; Martínez, el pequeño, y Guzmán viene a León a reconocer el filibustero; Nicasio Castillo, Presidente, vino a servirle... Y ¡en qué tiempo!... Cuando todavía estaba roja la arena en que cayó vilmente asesinado Estrada, Presidente de la República, que había agotado su talento y emprendido la redención de su patria. ¡Cosa extraña! Hubo influencia para evitar la muerte de Walker; no las hubo para evitar el sacrificio de un patricio por muchos título ilustre.

Convénzase, amigo, de que el General Jerez no tenía resolución ni principio fijo; pero en verdad no tiene que convencerse un amigo como Ud. que lo conoció a fondo, y que repite *la semblanza del organillo* para conducirlo a cualquier parte.

Los cambios en política pueden justificarse; es difícil en religión, donde el corazón humano tiene raíces que vienen de las altas regiones. Jerez, sin embargo, pasó del *misticismo* al ateísmo, y se apellida el gran reformador, el primer *educador*, el que rompió las cadenas de lo que *llaman fe*. Los siglos no han podido borrar en la memoria de Juliano, el apodo de *Apóstata*, y para nuestro hombre las metamorfosis son progresos de la inteligencia.

Si la súbita muerte que a Dios plugo prepararle en tierra extraña, hubiera sido paulatina, Jerez expira con fervor católico, yo lo juro, porque al despedirse de la política, habrían

germinado las ricas simientes de virtud sembradas en su corazón por sus mayores y cultivadas por él mismo. No es cierto que en Europa dejó el misticismo; la vida de París relajó su austeridad, pero el año 59, cuando vino de los Estados Unidos, entró en ejercicios en León.

Nacionalidad. Mucho dijo Ud. del episodio del 62, que no puedo ni quiero rememorar con todas sus peripecias. Se habló y escribió de esto hasta el fastidio, y siempre lo mismo. Así es que cuanto Ud. repitió, aunque me parezca inexacto y en pequeño toque conmigo, lo elimino de esta carta.

Aquel enredo propiamente dicho, como las farsas pasadas, presentes y futuras de nacionalidad, no se dirigía a la Unión cual demanda este paso.

Todo era quitar a Martínez del mando. Jerez, arrepentido de haberle proclamado, reanudó sus perdidas relaciones con Barrios, y este, quebrado con Carrera cuya alianza buscó, accedió a Jerez creyendo hacerse de prosélitos en León, a cuya ciudad poco antes llamaba la *Nueva Orleans de Nicaragua*. Martínez, de acuerdo con Guzmán para librarse de las tramas de Jerez, le puso varias dificultades, en cuenta que el paso de hecho era un crimen reprobado por la Nación. Jerez, para probar lo contrario, ofreció el asentimiento de los principales opositores al Gobierno, vino en solicitud de ellos, y ellos, para captarse el bando jerecista a favor de la candidatura conservadora, sonaron el *organillo*, y llevaron al General donde quisieron.

Cleto, en su inspiración del *Amanca Caballos* hizo una alegoría de aquella danza.

Todo el que haya conocido a Barrios y Jerez, (E. P. D.) especialmente los que podemos decir que nos costaba la salvación y regeneración de Nicaragua, justificará los pasos dados, y mil más, para contrariar la Nacionalidad de entonces. Digan lo que quieran los admiradores, Barrios degradó a El Salvador, ese país clásico de la libertad, patria de hombres eminentes. Recuerde Ud. que ese renombrado liberal, rompió con Martínez porque éste no quiso expulsar o prohibir que escribieran los emigrados salvadoreños. Después no se le permitió la extracción de 300 terneras que le habían vendido en el Ocotal. Estas negativas dieron pábulo a la invasión que nos mandó en 63, de acuerdo ¡quién creyera!, con los conservadores nicaragüenses, que hoy por hoy estarán arrepentidos. Fernando Chamorro en Corinto, viniendo de Costa Rica, escribió una carta que confió a don Leandro Lacayo, diciendo: *“Esta no es nuestra causa; procuren arreglarse con Martínez, y esperemos”*. Carta que vi más tarde confidencialmente; no puedo probarlo, pero si no se cree, poco me importa. Chamorro, a despecho de sus opiniones, era consecuente con su bando. La reelección propuesta por Jerez quiso que la acogieran; el partido no pensó lo mismo, y aquél no se apartó.

Una equivocación de aquella época es el exabrupto atribuido a Fernando Chamorro en su misión a Guatemala de *que era preciso ir a Guatemala con la tea en la mano contra aquellos enemigos de la Nacionalidad*. ¡Fernando Chamorro incendiario! Fernando, modesto, honrado, pacífico, no podía amenazar con el rojismo; de él podíamos decir los nicaragüenses lo que los griegos de Filopemen. Los Chamorros conocen esta calumnia, pero la sufren porque les soban la frente con el título de *eminente nacionalista*.

Mentira igual el triunfo atribuido a Jerez en Coatepeque, y debido al General González, por cuyas ovaciones comenzaron los celos y hostilidades de Barrios, que precedieron al pronunciamiento de aquél.

Mentira, aunque no sea tan crasa como la victoria alcanzada por Jerez contra Walker en Masaya, por cuya razón dispusieron los Diputados llamar de Jerez el nuevo departamento.

La nacionalidad es al fin una causa misteriosa, que es de todos y de ninguno; los partidos dominantes la proclaman para conservarse, y los caídos para levantarse, pero es semejante a los fuegos fatuos, que brillan y no se alcanzan.

El centralismo es imposible, porque cada sección tiene intereses diferentes; ni uno ni cuatro Estados coaligados tendrían poder para forzar a uno que resistiera. En la guerra nacional, época la más propicia para la Unión, se vio la impotencia para lanzar unos cientos de aventureros. Increíble parece que el pequeño ejército septentrional levantado y sostenido por una parte de Nicaragua, tuviera más pujanza que los aliados, salvando a Costa Rica en el Río San Juan, cuya gloria es indisputable.

La Federación será la esperanza; pero no la Federación por la fuerza, sino hija de la paz, del convencimiento y de los intereses. Por eso yo creo que los verdaderos enemigos de la Nacionalidad son aquellos que por calor la quieren a sangre y fuego.

Ud. habla de los esfuerzos del General a bordo del *Experimento* por salvar a Barrios asediado en San Salvador; pero éste no lo estimó así, atribuyéndole su caída y su perdición. Don Fernando Guzmán no habrá olvidado, que en Panamá le dijo estas palabras: “Sin Jerez yo estuviera mandando en El Salvador; él fue mi sepulturero”.

No terminaré sin repetir que he escrito esta mal redactada carta con peligro de mi salud, porque Ud. me exhibe apasionado de unos y desafecto de otros en mis humildes obras, mientras que yo la dediqué a la juventud señalando el único mérito de la imparcialidad, o más claro, de que aparté mis opiniones conservadoras cuando me propuse contar a los jóvenes, que tanto estima mi alma, aquel terrible drama, de que no podía

quedar más que una contrariada tradición. ¿Quién creyera que en el Congreso hubo hombres ilustrados que hablaban de un triunfo en Masaya contra los filibusteros? ¿Quién creyera que Estrada aparece en la campaña nacional más grande que Chamorro, que Xatruch y que Cañas? Estrada adquirió un triunfo casual muy caro sin otro servicio. Está llevado al pináculo de la gloria. Chamorro desde Yúcul hasta el 1° de mayo en Rivas, con triunfos y con servicios innumerables, un débil recuerdo. Xatruch, hombre sencillo, pero valiente y patriota bajo la intemperie, ha vivido en el desprecio trabajando en la miseria; y en fin Cañas, el general constante y generoso... tomado en Puntarenas, fue fusilado, y su cadáver yace en triste, ensangrentada fosa.

Dejemos que los muertos descansen en paz. Yo le protesto que a ninguno he querido decirle la menor injuria y como hace tanto tiempo que no escribo, y ni siquiera he podido revisar y corregir lo escrito, tenga Ud. por borrado cualquier desliz que note ya sea para otro, o para Ud. a quien aprecio, como

Amigo y servidor.
J. Pérez.

Masaya, mayo 12 de 1883.

